

Pablo VI y los homosexuales

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ROGER Peyrefitte es un escritor bien conocido en el país vecino por sus publicaciones escandalosas. Las Embajadas, la homosexualidad, los secretos del Vaticano y la confusa situación de los caballeros de Malta han sido temas tratados desenfadadamente por su pluma, y han producido un impacto espectacular no sólo en Francia, sino en otros muchos países donde se difundieron sus libros.

En las "Llaves de San Pedro" sacó a relucir multitud de anécdotas, de las cuales se podría decir que, si no eran verdaderas todas ellas, al menos estaban bien elegidas para producir la impresión de escándalo que él quería. Recuerdo que en sus páginas, y a vueltas de erotismo y santidad, sacaba a relucir la pretendida reliquia del "Santo Prepuccio" —producto pretendido de la circuncisión judía del Señor—, asegurando Peyrefitte que se guardaba bajo siete sellos en Roma y que, en un tiempo menos escrupuloso y delicado que el nuestro, fue venerada en la Ciudad Santa por los fieles.

Todo esto sonaba en muchos oídos a escándalo fácil y anticlerical de baja calidad. Pero en aquella ocasión la Santa Sede optó acertadamente por el silencio, y todo el escándalo se perdió en el pronto olvido de los desmemoriados seres humanos actuales, que viven, y vivimos, bajo el bombardeo de sucesivas y cambiantes impresiones que hoy surgen y mañana desaparecen.

Ahora en Francia, y después en Italia, ha vuelto a subir la marea de este tipo de anécdotas porque Peyrefitte ha tenido la ocurrencia de meterse con el Papa Pablo VI, utilizando la técnica de otras veces.

La revista francesa "Lui", de corte erotizante, ha publicado en el mes de marzo un artículo de este escritor que pasó sin pena ni gloria. Pero el semanario italiano "Tempo" —una revista hoy radical— lo reproduce en su número fechado el 4 de abril, y lo ha hecho a bombo y platillo, de tal modo que el escándalo ha corrido como reguero de pólvora. La Policía, ante las públicas acusaciones del cardenal-vicario de Roma, Hugo Poletti, ha recogido los pocos ejemplares del número que quedaban en los kioscos después de su salida, y los Tribunales italianos tienen el asunto entre sus manos. El cardenal romano ha pedido, además, públicas oraciones a los católicos, "de reparación y devoción" por las ofensas inferidas al Papa. Este cardenal le escribe también a Pablo VI diciéndole para tranquilizarle: "Los episodios repetidos

de ofensa a vuestra sagrada persona han llegado a un límite impensable e intolerable con la última publicación en el "Tempo": toda la ciudad de Roma está afligida y se siente humillada".

El ataque de Peyrefitte arranca de la famosa y discutida "Declaración sobre ética sexual", que publicó la antigua Congregación romana del Santo Oficio (hoy llamada disimuladamente, con nombre más benigno, Congregación para la Doctrina de la Fe).

A partir de este documento centra este escritor sus envolventes ataques al Pontífice, que se resumen en tres puntos. Sus palabras textuales, escritas en el estilo desenfadado que acostumbra el escritor francés, son: "No soporto a este Pablo VI, a este cura de pueblo que ha hecho tres cosas: destruir la Misa en latín, hacer de la religión una mala comedia musical y condenar la homosexualidad". El tono sube a continuación de temperatura afirmando: "¿Por qué hablar siempre de masturbación, de homofilia y de amor libre? Me da pena —continúa diciendo Peyrefitte— este pobre Papa que no piensa en otra cosa".

Y termina el ataque con una bomba sorprendente, por lo extraña e imprevista, diciendo estas palabras textuales: "Se sabe que Pablo VI —cuando era arzobispo de Milán— tuvo por amigo a un actor de cine que no revelaré su nombre".

La cosa no debe tener más fundamento que la malicia del escritor, pero la reacción ha sido exagerada —en mi opinión— y no de lo más oportuno. Debería —como ha pedido un religioso italiano desde el diario "Il Giorno"— haberse hecho el silencio personal en torno a este anecdotario, porque no merece otra cosa. La razón de fondo está, según han dicho diversos católicos italianos, en el deseo de publicidad que ha tenido este semanario italiano, que hasta ayer era considerado como exponente de la izquierda católica y que hoy no sabemos bien dónde está.

Ante estos hechos no sólo ha reaccionado el cardenal Poletti, sino también el Papa. El cardenal, con indignada voz que no se merece el asunto, ha dicho que "este hecho es incalificable por sus calumnias, sus suciedades y sus difamaciones contra el Santo Padre". Y pide ayuda a las "autoridades gubernamentales y judiciales para que cuiden de que se impida, con medidas adecuadas, tales ofensas". Y continúa diciendo: "Cuando en una ciudad o en un país se producen sin reacción tales episodios y se calla el pueblo,

quiere decir que se ha hecho fondo en la indiferencia moral, y que nada se salva, ni siquiera la libertad".

A estas frases habría que preguntarse con claridad: ¿no se ha pasado un poco el cardenal Poletti dejándose llevar de una indignación excesiva y cayendo así en manifiestas contradicciones? Cuando este cardenal aseguraba, por un lado, que todo el mundo ha reaccionado bien, poco después comenta que el pueblo romano se ha quedado indiferente ante los ataques inferidos al Pontífice. Y es que la iracundia es mala consejera.

También el Papa se ha dejado llevar de esta excesiva impresión, y ha hablado el domingo ante 30.000 personas reunidas en la plaza de San Pedro diciendo: "Mi humilde persona ha sido objeto de burlas y de horribles y calumniosas insinuaciones de parte de una cierta prensa que no respeta ni la honradez ni la verdad". Y después de sus palabras, se ha sentido emocionado ante los aplausos de esa masa habitual de católicos que acuden sistemáticamente a rezar el Angelus los domingos con el Papa.

Menos mal que, poco después, fue Pablo VI a celebrar la Misa a un barrio extremo de la ciudad, y allí pronunció una homilía sin aludir para nada al tema.

Ante todos estos hechos anecdóticos me pregunto: ¿no sería hora de hablar con claridad de la homosexualidad y hacer un análisis de este fenómeno, que abarca al 7 por 100 de la población europea y que debía de ser planteado científicamente y no sólo con sentimientos alarmistas?

Creo que a todos nos incumbe enfrentar serenamente este asunto, porque aquí —en España también— es un problema de actualidad, y no se debe adoptar el cómodo expediente de ignorarlo. Tanto esta reacción romana ante el escándalo publicitario de esa prensa como la publicación reciente en nuestro país del libro del médico y sacerdote católico Marc Oraison, titulado "El problema homosexual", dan pie suficiente para un próximo comentario con serenidad acerca de la homosexualidad, sin necesidad de mezclar personalmente a Pablo VI en ello. ■